

DISCURSO DE CONTESTACION
DEL
Ilmo. Sr. D. JUAN BARCELO JIMENEZ



Excmos. e Ilmos. Srs.:

Señoras y Señores:

Si para un académico es siempre grata la ocasión de contestar al preceptivo Discurso de Ingreso de un compañero, en la presente, y por varias circunstancias, constituye para mí no sólo un honor, sino una satisfacción el poder recabar por espacio de unos minutos vuestra atención para dar la bienvenida en el seno de esta Academia al Ilmo. Sr. don Miguel Ortuño Palao, hijo distinguido, no ya por vínculos de nacimiento, sino por múltiples connotaciones, de esta ciudad de Yecla.

Me une desde hace más de un tercio de siglo generosa amistad con el nuevo académico. Desde aquellos lejanos días de un otoñal octubre en que nos encontramos en los angostos claustros de la entonces pequeña Universidad de Murcia, con el impulso juvenil de una carrera que iniciábamos sin saber la finalidad ni el incierto futuro; fiados más que nada en el magisterio eficaz de unos hombres, profesores, y en nuestra decidida vocación por el estudio de las Humanidades. Para todos, queridos profesores, ha tenido Miguel Ortuño un sencillo y sincero recuerdo en las notas preliminares de su Discurso. Mas yo quiero agregar aquí, con objetividad y justicia, que aunque casi todos dejaron ya esta vida en busca, sin duda, de la alcanzada de la fama, pueden estar hoy presentes o simbolizados en la figura de nuestro Director, el Dr. Torres Fontes, pues también de él aprendimos ciencia, y sobre todo nos encariñó con la difícil tarea de la investigación, que es lo que fundamentalmente justifica nuestra presencia como miembros de esta ilustre Corporación académica. Mi amistad con Ortuño ha sido fiel y constante en el tiempo, lo que ciertamente puede justificar, más que otras motivaciones, que sea yo el encargado de recibirle como miembro de número de la Academia «Alfonso X el Sabio».



El acto que celebramos tiene además, en este caso concreto, una significación muy íntima y especial. Es su ciudad natal la que va a cosechar las primicias de su recepción. La Academia, por vez primera, ha querido que el acto se celebre aquí, y por lo tanto, que no se prive a los yeclanos de participar en la solemnidad académica que lo caracteriza. No en balde el Prof. Ortuño es digno sucesor en el sillón correspondiente de personas de tanta estimación y ciencia como los Drs. Mergelina y Luna y Nieto Gallo, académicos, uno fallecido y el otro en situación de Honorario, y que tanto han influido en la vida cultural y social de esta noble ciudad.

Yeclano de nacimiento, y podría agregar que por los «cuatro costados», Miguel Ortuño realiza en su ciudad natal los estudios de Bachillerato. Superados, consigue el título de Maestro de Enseñanza Primaria, e inicia los de Filosofía y Letras en la Universidad de Murcia, para culminar la licenciatura en Ciencias Históricas en la de Valencia, ya que en la primera no existía por entonces la mencionada especialidad. Su licenciatura en Historia, que entonces soñábamos muchos, le da una base cultural amplia y profunda, que después aprovecha como sustrato operante al derivar hacia otros estudios, concretamente a los de Literatura. Ejerce la docencia en Yecla, incorporándose al Instituto de Bachillerato de nuevo abierto después de la supresión al terminar la guerra civil. Obtiene, por oposición, la plaza de Profesor Agregado de Lengua y Literatura Españolas de su Instituto, y más tarde es promovido a Catedrático Numerario de la misma disciplina, plaza de la que está en situación de excedente por no abandonar la docencia en su Yecla nativa. Pero esta faceta, más bien administrativa, se completa con su actividad intensa y fecunda en pro de las inquietudes culturales de Yecla. En este sentido funda y dirige la Casa Municipal de Cultura, estando al frente de ella desde 1958 a 1964. Soy testigo de las actividades desarrolladas por esta Institución durante su mandato —ciclos de conferencias, exposiciones, ordenación y catalogación de fondos...—, y más que nada del entusiasmo que el nuevo académico infundía a la promoción cultural de su ciudad.

Fruto de su actividad y de su inquietud cultural lo constituye su labor investigadora, reflejada en sus publicaciones. Sus dos pasiones en este sentido son: la figura de Azorín y la historia local. Azorín ha sido estudiado por Ortuño fundamentalmente en su relación con Yecla. En este aspecto hay que destacar la obra *Yecla y sus personajes en la obra de Azorín* (1972), en la que realiza una identificación de personajes de *La Voluntad* y de *Las inquietudes de un pequeño filósofo*, con tipos de la vida real de Yecla, trabajo que se complementa con artículos publicados en que se tratan otros aspectos de la obra azoriniana. Otros libros de



Ortuño son: *Yecla y su Caja de Ahorros* (1972); *La vida de Yecla en el siglo XVIII* (1980), publicada por esta Academia con el privilegio de dos ediciones; *Las calles de Yecla* (1982), o la obra de inminente aparición *Vocabulario yeclano*, fruto de sus investigaciones sobre el habla local.

Esta labor editorial se completa con una extensa colección de artículos aparecidos en prensa y en revistas especializadas, al mismo tiempo que continúa su empeño de poner al día la historia local como continuador afortunado de la escuela yeclana de historiadores de la vida del pasado de la ciudad y su demarcación.

En cuanto al tema objeto de su Discurso de Ingreso, y del que acaban de escuchar un selecto florilegio de su contenido, me siento en la obligación de no relevarles de su amena lectura en la publicación que recibirán al final del acto. Pero sí considero oportuno referirme a su significado, como actitud obligada de mi intervención. Se trata de una biografía, que podríamos llamar de carácter popular, del cura-obispo don Antonio Ibáñez Galiano, de Almansa, aunque por tantas razones como muy bien testimonia Ortuño, «la gloria más alta y legítima de la Yecla del siglo XIX». La metodología empleada, rigor histórico y muy correcta utilización de fuentes, deja siempre la figura del biografiado como centro de interés en torno al cual se van estudiando minuciosamente las facetas más importantes de la vida de Yecla en el período comprendido entre 1855 y 1880, fecha ésta en la que Ibáñez Galiano es nombrado para ocupar la sede de Teruel-Albarracín. Ibáñez es un sacerdote de profunda espiritualidad, pero sus inquietudes y actividad hacen que se ocupe activamente de los problemas político-sociales del entorno en que vive, y siempre aparece con una preocupación por la cultura y por las obras caritativas a favor de los más necesitados, que siempre ejerce con largueza en el más oculto anonimato. Por ello, y es lo que hace Ortuño, estudiar y enmarcar su figura es referirse a la creación del Colegio de los Escolapios, a la terminación de la Iglesia Nueva, a la fundación del Convento de las monjas Concepcionistas, al Asilo de Ancianos..., como a los bandos políticos de la ciudad, o a los vaivenes ideológicos de los prohombres que la gobiernan. En una palabra, se traza la historia interna, sociológica, política y religiosa de la época del biografiado. Pero el estudio se completa con la etapa de Obispo de Teruel, en donde el espíritu de Ibáñez continúa incansable, incluso interviniendo en cuestiones que atañen a la vida nacional e internacional. De la pluma de Ortuño mana un Ibáñez Galiano inquieto, emprendedor, interesado por los problemas humanos, por el progreso, por las ideologías de la época, pero siempre con talante de conciliador, defendiendo la verdad, el evangelio y practicando las obras caritativas y piadosas en beneficio de sus amados feli-



greses. Mas su humilde condición de cura pueblerino, aun siendo Obispo, no descarta su profunda formación teológica y científica, como afirma Ortuño: «Conocía a la perfección las Sagradas Escrituras, la Patrística y el tomismo, y estudiaba con afán el movimiento científico contemporáneo». Interesante la figura del Obispo Ibáñez Galiano, que gracias al Prof. Ortuño Palao conocemos hoy los estudiosos de la cultura de la región murciana.

Creo que la Academia «Alfonso X el Sabio» tuvo un acierto al elegir por unanimidad a Miguel Ortuño como miembro de número, aunque ya contaba con su valía y eficaz colaboración como Correspondiente. Con su probada modestia indica al principio de su Discurso que con él entra la ciudad de Yecla en la Academia; pero esto no es sino reconocer que más que su persona es la ilustre ciudad —la ciudad que está presente en la obra de los escritores del 98 y en la de los contemporáneos, la ciudad de las inquietudes políticas, sociales y culturales en todos los tiempos—, la que debe ser protagonista de su futuro quehacer en la Academia. Tal vez fue ésta una circunstancia poderosa que nos movió en su día a que la ciudad de *La Voluntad* estuviera de nuevo activamente representada en nuestros trabajos, en nuestras preocupaciones, en nuestras publicaciones. Y por ello, además de sus méritos profesionales y sus valores humanos de tan alto precio, fue elegido Miguel Ortuño académico Numerario. De él esperamos mucho, como nos ha prometido, y sobre todo sabemos que será custodio y propagador de esa rica vena histórico-cultural de Yecla, que él mejor que nadie sabrá estructurar para el futuro. Yo, en nombre del Director que nos preside, y de los Ilustrísimos Srs. Académicos, felicito una vez más al nuevo Académico, felicitación muy de veras extensiva a Carmen, su mujer y compañera en las tareas docentes e investigadoras; a sus hijos y en general a toda la ciudad de Yecla, por lo que supone contar entre sus hijos con una recia personalidad como la del nuevo Académico. Doy, pues, la cordial bienvenida al que desde hoy forma parte de esta Corporación, al Ilmo. Sr. don Miguel Ortuño Palao.

